

**Juan Pablo Fusi: IDENTIDADES PROSCRITAS.  
EL NO NACIONALISMO EN LAS SOCIEDADES  
NACIONALISTAS (\*)**

Este libro es un interesante ensayo histórico sobre la configuración y desarrollo de las sociedades donde el nacionalismo tiene una importante presencia. Es tal la importancia de esta síntesis de naturaleza histórica, que la visión global ofrecida en ella sin duda mueve al lector a desear una mayor profundización.

En el estudio del nacionalismo vasco, de Irlanda, del pueblo judío, Sudáfrica, Escocia y Quebec —seis casos en Europa, África y América—, este libro tiene en cuenta tanto la historia de su población como la conciencia personal y aportaciones culturales de una galería de personajes opuestos al nacionalismo, cuya biografía el autor conoce bien. Sin embargo, y en función de ello, el hecho de suponer que todos —el *quién*— los que viven en un lugar son igualmente vascos, irlandeses, etc., le lleva al autor a soslayar el tema de la identidad, esto es, *qué es ser* propiamente vasco e irlandés. Tampoco distingue el autor entre el nacionalismo por un lado, y las personas, grupos y sectores que, sin ser nacionalistas por no ser “modernos” (el Estado moderno) ni *ideológicos*, valoran las exigencias de los lazos específicos de pertenencia a una comunidad.

Cuando este libro estudia los nacionalismos como el vasco, de Irlanda, y Quebec —lugares estos que albergan comunidades escindidas—, los presenta como expresión de lo arcaico, del catolicismo ultramontano, lo antisemita y lo contrario a las modernas transformaciones socioeconómicas. En este punto, las expresiones críticas del autor al catolicismo (que señala como opresivo, controlador, etc., pág. 285) son un exceso verbal que, además de gratuito, no tiene en cuenta la naturaleza de la Iglesia católica, es un reduccionismo, y abstrae las circunstancias propias de Irlanda y Quebec. El libro también pinta con tonos grises las consecuen-

---

(\*) Barcelona, Ed. Seix Barral, 2006, 348 págs., 135 x 229 mm.

cias que el nacionalismo tuvo en Irlanda como Estado independiente, sin advertir las dificultades materiales de esta isla, fruto de su carencia de recursos. Tampoco advierte las grandes diferencias que existen entre las circunstancias objetivas de Irlanda y las Vascongadas en relación con el problema nacionalista. Si pasamos a Quebec, el autor toma partido por el antinacionalista Trudeau (págs. 295 y 300 y sigs.), mientras que, en relación con España, se muestra meramente narrativo y descriptivo, para concluir algo sencillo e irrefutable, esto es, que el País Vasco alberga en la actualidad una comunidad plural, aunque el libro no profundiza qué es lo que une a todos sus naturales o ciudadanos.

Además de estos tres países —País Vasco, Irlanda y Quebec—, cuyas diferencias son muy acusadas, el autor analiza otras tres comunidades que, a pesar de tener un sector nacionalista en su seno, poseen un marco general no nacionalista. Es el caso de Sudáfrica, que, según Fusi, superó el racismo blanco bajo el impulso del comunismo y la minoría liberal. Es más, finalizado el *apartheid* en 1991, el nacionalismo blanco no habría sido sustituido por un inexistente nacionalismo negro (pág. 234). Por su parte, Escocia lograría su autonomía gracias al laborismo y no al nacionalismo escocés (pág. 271). En tercer lugar, la mayoría judía sería, en vez de sionista, integracionista (salvo los del Este de Europa), originando así una singular simbiosis allá donde ha vivido, aunque —según esto— parezca contradictorio hablar también de la “espléndida cultura judía *cosmopolita* de la Europa central” (pág. 169).

La tesis central del libro, sencilla y probada, es que dichas comunidades poseen *abundantes elementos no nacionalistas*, así como un *amplio sector social ajeno al nacionalismo*. Otra cosa es que el profesor Fusi no profundice sobre los elementos que tienen en común nacionalistas y no nacionalistas. Según el autor, el nacionalismo de los lugares analizados sería un importante factor de división política, tanto dentro de los límites territoriales donde se asienta, como en relación con otra comunidad mayor de referencia (España, Canadá...). El nacionalismo también quebraría la convivencia en las sociedades donde se desarrolla. Así, la polarización, tensión o choque interno producida por el nacionalismo

(añado que identitario y excluyente, esto es, ideológico), tendría lugar en comunidades forjadas como sociedades plurales tanto de origen como en su desarrollo.

Este libro muestra que, en cada una de las seis nacionalidades estudiadas, *lo común con otras comunidades es tan importante como las singularidades étnicas y lingüísticas* de cada nacionalidad. No sólo se observa un pluralismo interno en el ámbito cultural, artístico y político (así, Quebec no es “un solo país, y una sola cultura”, pág. 281), sino que, antes de aparecer el nacionalismo actual, *fue la incorporación a otra comunidad lo que hizo posible la propia personalidad e identidad*. Por ejemplo, el patriotismo escocés y el patriotismo británico serían complementarios (pág. 268), por lo mismo que la identidad de Escocia debe entenderse “como una pluralidad de identidades sucesivas” (pág. 273).

De esta manera, Fusi concluye atribuyendo al nacionalismo los caracteres siguientes. El nacionalismo ignora la pluralidad como un bien y como una riqueza humana y cultural; excluye la posibilidad de convivencia; y rechaza el hecho según el cual las identidades son más aparentemente contrarias que realmente diferentes, pues no en vano unas y otras identidades se suponen y aún exigen mutuamente para poder hablar de una configuración identitaria, sea en su interior uniforme o plural. Esto es así, máxime cuando —según el autor— dichas nacionalidades siempre han vivido en la pluralidad y han creado una identidad más amplia, que admite y exige dicha pluralidad. Lógicamente, la crítica al nacionalismo (y al nacionalismo separatista) desde un análisis tradicionalista (Elías de Tejada, Álvaro d’Ors, Rafael Cambra y tantos otros autores), enriquece lo anterior con otras muchas consideraciones.

El autor atribuye al *no nacionalismo* tres caracteres: a) Es una realidad social y política en el seno de las sociedades nacionalistas. B) No es necesaria ni preferentemente antinacionalista. C) No es esencialista, porque la propia identidad es una realidad compleja, y la configuración de dicha identidad no sólo supone la interacción de muchos factores, sino también el hecho de no ser una realidad política. Esto explica que hoy exista una nacionalidad histórica —por ejemplo Escocia— que no vota nacionalista (pág. 273).

El libro señala importantes problemas y critica con acierto varios aspectos del nacionalismo. Sin embargo, quizás sea porque no profundiza más allá de lo *fenoménico*, lo cierto es que no descubre toda la raíz del problema, que en realidad interpela a los ámbitos filosófico, jurídico-político y espiritual. Quizás por esto, admite el término *nacionalidad*, y lo hace sin precisión ulterior y sin diferenciarlo de la *nación*. Centra su crítica en la *soberanía nacional*, pero omite criticar la *soberanía popular*, soslayando así, en ambos casos, la crítica al concepto de *soberanía* y a la naturaleza del *Estado moderno* (ideología esta que, además de centralista y uniformista, exige la “razón de Estado”), al que está unido el ejercicio de ambas soberanías ya mencionadas.

El autor critica con acierto el nacionalismo en lo que contiene de *exceso nacional* (en realidad motivado por el concepto *soberanía*), y descubre la realidad *no nacional* (en sentido de no nacionalista) de las sociedades analizadas, con el objeto de criticar así lo que entiende como la esencia del nacionalismo. Aquí reaparece nuestra crítica, porque ello debiera servir también al autor para rechazar el concepto moderno de *soberanía*. Quizás sea por esta insuficiencia, por la que el libro identifique el nacionalismo con algunas realidades nacionales separadas de él. Por otra parte, si utilizamos el término moderno de *soberanía*, parece secundario dilucidar a qué realidad se aplica, si a la nación (nacionalismo), al pueblo (liberalismo individualista o “patriotismo constitucional”) o al proletariado en versión clásica o postmoderno (socialismo). Quizás por eso, el *no nacionalismo* entendido como *soberanía popular* no sea —según el autor— necesariamente antinacionalista, pues compartiría con el nacionalismo el concepto de *soberanía*. Termino diciendo que, a mi parecer, la *soberanía* (según Bodino, el racionalismo y el liberalismo) es un factor de división y polarización, ya se aplique a la nación (convirtiéndola en *nacionalismo*) o al llamado pueblo (convirtiéndola en *estatismo*). En efecto, no es igual la *soberanía* que la *jurisdicción*, ni la *autonomía* (y autodeterminación) que la *autarquía*. De esta manera, el autor no desvela que el nacionalismo (moderno) suponga el Estado moderno, el Estado liberal, y la secularización en materia religiosa, como tampoco desarrolla la relación o dependencia existente

entre el nacionalismo y el socialismo, herederos ambos de las ideas de la Revolución francesa.

En suma, el autor no advierte que los nacionalismos reproducen en su seno el Estado al que combaten para lograr la independencia de éste, aunque sí admite —es el caso de Quebec, pág. 303— que el nacionalismo exige un reparto de las funciones del Estado camino a la independencia.

El autor considera —a diferencia de los nacionalistas— que no es necesario politizar los elementos de identidad de una comunidad cuando esta expresa su peculiar forma de sociabilidad y sus circunstancias o caracteres específicos. Ahora bien, preguntemos si esta no-politización debe suprimir las instituciones políticas antiguas (Fueros en el País Vasco), en conflicto con un Estado moderno cuya *soberanía* todo lo politiza y, además, en un sentido igualitario. Coincido con el autor en que no es necesario ni adecuado politizar la propia identidad cultural —una cosa es la cultura y otra la política—, pero por eso mismo tampoco hay que politizar la enseñanza, la familia, etc., controladas por el Estado moderno (liberal o socialista) y la llamada “voluntad general” (o de la partidocracia), que consideran tener una soberanía ilimitada ante Dios, la religión positiva, los cuerpos sociales, la familia y la persona. En efecto, ni la nación debe derivar en nacionalismo, ni el Estado (potestad suprema) debe caer en el estatismo.

El libro ofrece algunos términos indefinidos y muy discutibles como “patriotismo constitucional” y “nacionalismo nacional” (pág. 298), “soberanía cultural” por oposición al “soberanismo político” (pág. 301), y “soberanía-asociación” de Quebec que no independencia (pág. 302).

A pesar de las anteriores puntualizaciones, este libro tiene muchos aciertos cuando desvela y crítica el nacionalismo moderno, en cuanto que éste supone una ideología (además excluyente) y dificulta —e incluso a veces hasta impide— la convivencia. Este libro, de contenidos densos y redactados de forma escueta y clara, tiene estilo rítmico y dinámico, y es de lectura rápida y muy agradable.

JOSÉ FERMÍN GARRALDA ARIZCUN